Raquel Gutiérrez Sebastián, *Entre el costumbrismo y la novela regional: "El sabor de la tierruca" de José María de Pereda*. Torrelavega: UNED (Centro Asociado de Cantabria), 2000. 149 pp.

No deja de ser curioso el destino que la historia literaria ha deparado a don José María de Pereda, una de las voces señeras de la narrativa española de la segunda mitad del siglo XIX. Mientras que sus novelas han perdido buena parte de su vigencia a los ojos del público y la crítica actuales, no es menos cierto que pocos autores decimonónicos cuentan con el respaldo de un grupo de investigadores de primera línea tan consagrado al análisis e interpretación de su obra. Fruto de este entusiasmo son los sucesivos volúmenes de *Obras Completas* (ocho hasta el momento), que desde 1992 viene publicando Ediciones Tantín al cuidado de José Manuel González Herrán y Anthony H. Clarke. Además de una esmerada edición, cada volumen viene acompañado de una enjundiosa introducción a cargo de reconocidos peredistas. Caso sorprendente, insistimos, el de un escritor depreciado en el mercado de valores actual del hispanismo cuya bibliografía, sin embargo, no cesa de crecer tanto cuantitativa como cualitativamente.

A pesar de su juventud, la profesora Gutiérrez Sebastián figura ya por derecho propio en la nómina de especialistas en Pereda a la que aludíamos en el párrafo anterior. En el libro que aquí reseñamos, reelaboración de su tesina de licenciatura, se recurre a un enfoque "histórico-literario" (16) con el que alejarse de las diatribas políticas que en el pasado han empañado la recepción de la narrativa del cántabro. Es *El sabor* obra de transición entre la etapa de aprendizaje de los cuadros de costumbres y las grandes novelas regionales de los años ochenta (*Sotileza*) y noventa (*Peñas arriba*). Esta condición de híbrido, a medio camino de la descripción y la narración, explica el que "este texto obtuviese escasa atención y fortuna entre la crítica contemporánea" (16). El trabajo de la profesora Gutiérrez Sebastián se propone precisamente paliar este desinterés y contribuir a la revalorización de la novela desde un punto de vista literario.

En el primer capítulo, "El costumbrismo en *El sabor de la tierruca*", se hace hincapié en la importante presencia del sustrato costumbrista dentro del texto: personajes y tipos, escenas y elementos dramáticos, folklore e ideología. En referencia a ésta, se sostiene que la clave interpretativa de *El sabor* radica en la

defensa de un orden rural basado en la armonía del hombre con su entorno y el respeto a la tradición (el consabido menosprecio de corte y alabanza de aldea, motivo recurrente en la narrativa perediana). Todo este material costumbrista lo inserta Pereda en el molde genérico de la novela regional, entendiendo por tal no tanto la expresión de las tesis políticas del regionalismo cuanto la creación de “una especie de refugio nostálgico ante la invasión del mundo moderno” (77).

El capítulo segundo, “El paisaje en *El sabor de la tierruca*”, divide los paisajes peredianos en dinámicos y estáticos. Estos últimos presentan un carácter pictórico cuya técnica recuerda la de pintores contemporáneos como Carlos Haes. Destacan por su calidad la cajiga, la vista panorámica de Cumbrales, la iglesia y la derrota. Entre los dinámicos sobresale la minuciosa descripción de los estragos causados por el viento ábrego en el capítulo XIII. En cuanto a la función del paisaje, Pereda oscila entre una voluntad explícita de realismo y un deseo no menor de dotar a la naturaleza de una significación simbólica que resalte el carácter idílico de Cumbrales y su gente.

En el tercer capítulo, “Lenguaje y técnicas narrativas en *El sabor de la tierruca*”, la voz omnisciente del narrador en tercera persona se distingue de los comentarios y digresiones en primera persona del autor implícito. Éste funciona a modo de guía para adentrarse en el entramado costumbrista-narrativo de la novela. Asimismo, las apelaciones directas al lector expresan la fuerte relación de complicidad existente entre el emisor y el destinatario de la comunicación narrativa. Se abordan finalmente en esta sección las excelencias del lenguaje coloquial puesto en boca de los personajes, logro éste ya encomiado por Galdós en el prólogo a la novela.

El libro se cierra con un capítulo dedicado a “Las ilustraciones en *El sabor de la tierruca*”, donde se pone de manifiesto hasta qué punto la inclusión de los grabados de Apelles Mestres debió de condicionar a Pereda a la hora de componer su texto. Como es sabido, la primera edición de *El sabor* se publicó en la colección ilustrada “Arte y Letras” de Barcelona, en la que también vería la luz más tarde *La Regenta*. Esta superposición de la parte gráfica en la escrita hace de *El sabor* un ejemplo de “novela total” (106) que se presta naturalmente a una óptica interdisciplinaria. Como colofón se selecciona una serie de ilustraciones a fin de señalar la conexión que guarda cada una con determinados pasajes del texto.

El mérito principal de esta monografía estriba, a nuestro

entender, en el reconocimiento de la fusión de elementos costumbristas dentro de la novela regional que Pereda lleva a cabo de manera totalmente consciente. Así pues, lejos de constituir un defecto estructural, el hibridismo de *El sabor* constituye su cualidad más sobresaliente. Igualmente destacable nos parece la consideración del papel de las ilustraciones que acompañaron a la novela en su primera edición, aspecto muy desatendido casi siempre en los estudios de la narrativa decimonónica española (el asunto reclama ya una monografía al estilo de las que existen para la Inglaterra victoriana, indispensable para comprender la recepción del relato realista entre los lectores de su tiempo).

Junto a estas virtudes cabe mencionar un aspecto que nos parece menos satisfactorio. Nos referimos a la excesiva brevedad de los capítulos segundo y tercero (doce y quince páginas respectivamente, frente a las sesenta del primero), lo cual no permite profundizar en las partes correspondientes al paisaje y las técnicas narrativas. En ambas se echa de menos la presencia de un mayor componente teórico, especialmente en lo que hace referencia a la relación del paisajismo con la pintura coetánea y a las aportaciones de la narratología moderna. Por último, hay que lamentar que la bibliografía no incluya un listado completo de todas las referencias que aparecen citadas a lo largo del libro. Todo ello no es óbice, sin embargo, para que la profesora Gutiérrez Sebastián haya realizado el estudio más completo hasta la fecha de una de las novelas que más se ha resistido a su catalogación dentro del canon perediano.

Toni Dorca
Macalester College